

Pensamiento de Jorge Carrera Andrade

Francisco Martínez*

Jorge Carrera Andrade considerado el mayor poeta ecuatoriano del siglo xx, nace en Quito en 1903, -según sus propias palabras- “en el siglo de la defunción de la rosa / cuando el motor ya había ahuyentado a los ángeles”.

Los primeros años de su producción poética están referidos a su ciudad natal Quito, a la que alguna vez la calificó como “capital de las nubes”.

En esa época nace y va tomando fuerza una corriente literaria denominada la generación de los 30 por los años en que aparece en el siglo anterior, impulsando, con fuerza, el inicio del criollismo en la novela, en el relato, y especialmente en el cuento. En la poesía, en cambio, la corriente se refleja con una exacerbada sensibilidad artística, con alguna influencia baudeleriana que lleva a varios de sus seguidores a ciertos extremos trágicos. Carrera Andrade, por su parte, no transita en esos caminos angustiosos, aun cuando, en lo estrictamente personal, el poeta no deja de sentir dolor e inconformidad

ante su desubicación en el planeta, ante su soledad en el universo, ante situaciones sociales existentes y ante la opresión del campesino ecuatoriano. Publica en 1929 su “Cuaderno de Poemas Indios” al que lo describe como el intento de una pintura mural de las costumbres, labores e insurgencias de la raza desposeída.

En un grupo de poemas que relatan la tragedia comunal, el grito de protesta y el apaciguamiento brutal, aparece “Tierras Bosques” en donde relata con gran dosis de ternura lo siguiente:

*Matías dijo: nos quitan nuestra tierra.
Pájaros carpinteros, vendrán los telegramas
A fabricar sus nidos con briznas de letras.
¡pisaran nuestro campo los postes sargentos!
No más sor encina, no más fray manzano.
El patojo tomás, con su cesta de lunas
Hundió su puño cerrado en el ocaso.*

Dentro de esta faceta, y dentro igualmente de su actitud ante la pro-

* Embajador de carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano.

blemática social, sale a la luz su poema “Juan Sin Cielo” que se refiere al hombre en general, al ser humilde con quien el poeta se hermana.

Analistas de la obra de Carrera Andrade, comentan este poema señalando que “se ha querido ver en el la representación del pueblo, ecuatoriano”. Es posible que así sea. Sin embargo, el alcance del poema es aun más lato: se refiere al hombre universal de todos los contornos, al hombre espiritual desengañado y no solamente al hombre material desposeído. Una parte del poema dice así:

*Es solo un peso azul lo que ha quedado sobre mis hombros
Cúpula de hielo...soy juan y nada más
El desolado herido universal, soy juan sin cielo.”*

En otra de las facetas de su brillante producción, Carrera Andrade admira y se embelesa especialmente con lo sencillo, con el mundo de los pequeños seres, de las cosas chicas, de los detalles mínimos. Todo esto para el poeta “es tan real, tan autentico y sobre todo tan bello, o más bello quizá, porque es un mundo bueno”. Comienza su vida en la poesía preocupándose por aquel universo pequeño, tan cercano y a la vez inadvertido por las miradas comunes pero, al mismo tiempo, expone su gran inquietud por la inmensidad, por lo eterno, dando así

inicio a alguna forma de angustia existencial.

En el libro, el “Volcán y el Colibrí” que constituye su propia autobiografía expresa lo siguiente: entro, salgo, respiro. Amo, leo. Contemplo el viaje de las nubes. Examinó el insecto que saquea los tesoros de las corolas. Me atrae el mundo de lo pequeño, pero pienso en la inmensidad. No comprendo lo eterno porque el tiempo del hombre tuvo un principio y tendrá seguramente un fin, e inmediatamente se pregunta: “¿la eternidad no será más bien la eternidad como dijo Jules Laforgue con acierto?”

La angustia encerrada en esta incógnita se analizará un poco más adelante.

Sin embargo, en una visión global de la obra del poeta debe destacarse la ansiedad antes anotada por la problemática social y su tenaz ambición por ampliar sus horizontes, su necesidad de viajar y cubrir su apetito de distancias.

Todo ello lo expresa en su autobiografía al decir “mi mundo comenzó en un rincón andino. Se amplió a otros países y continentes y terminará en un punto que ignoro. He recorrido gran parte de la geografía y de la historia humana. En mis años mozos creí, que yo estaba predestinado para realizar un cam-

bio revolucionario en la estructura socio-económica de mi país y redimir a mi pueblo. Viajé primero para instruirme y observar los movimientos sociales de distintos lugares de la tierra. Después el viaje se hizo la razón misma de mi vida y comprendí que yo no podría ser un actor de la universal transformación, sino únicamente un testigo enterado y siempre despierto. Testigo de mi tiempo y de la angustia humana. He pasado mis años “en espera del alba”.

Pasa entonces a ocupar diversos cargos en el servicio exterior ecuatoriano. Es designado embajador en varios países y culmina su carrera diplomática como ministro de relaciones exteriores en 1967. Este paso diplomático lo narra -a guisa de disculpa interna- con las siguientes palabras “mi traje de ceremonia y mis condecoraciones de embajador no han podido ahogar los latidos de mi corazón convulso por la angustia de mis hermanos, los hombres oprimidos en varios lugares del mundo”.

Por otro lado en sus notas y poesía trasluce su angustia a través de cierto sentimiento de desubicación al considerarse “un pasajero terrestre” tan solo un transeúnte astral. “penetro -afirma- en habitaciones donde antes no he vivido, ocupo moradas diferentes, salgo calles nunca vistas por mí, escucho hablar en lenguas que no comprendo. En ocasiones me

veo desde fuera y tengo la impresión de ser un sueño, soñado por otro hombre”.

Denota luego cierta desazón por el vacío y los ciclos de permanencia humana en nuestro universo cuando dice: leo, pienso, amo, transporto mi cuerpo de un lugar a otro, practico la amistad, recorro el mundo, me conduelo del sufrimiento de mis hermanos los hombres, y en estos menesteres, se va cumpliendo el plazo de mi vida.

Reafirma estos conceptos en Moneda del Forastero, poema de su libro “El Hombre Planetario” al decir:

*Amigo de las nubes
Forastero perdido en el planeta
Entre piedras ilustres, entre máquinas
Reparto el sol del trópico en monedas*

Y más allá, el vacío de su ubicación le impulsa a afirmar:

*¿Soy esa sombra sola que aparece de pronto
Sobre el vidrio de los escaparates?
¿O aquel hombre que pasa y que entra siempre
Por la misma puerta?
Me reconozco en todos, pero nunca me encuentro en
Donde estoy. No voy conmigo sino muy pocas veces,
A escondidas. Me busco casi siempre sin hallarme*

*Y mis monedas cuento a medianoche
¿malbaraté el caudal de mi existencia?
¿dilaté mi oro? Nada importa:
Se pasa sin pagar al fin del viaje
La invisible frontera*

En otra de sus facetas, como viajero infatigable y poeta peregrino, rebuscando siempre el interior del ser, deja que su sensibilidad se oriente y descubra “un país sin mapa” un planeta luminoso, fuera de los confines universales que lo denomina “Aurosia”. Aquí “la ambición del poeta ha sido la de “descubrir una tierra incógnita. El continente misterioso del corazón humano”.

Y es así como describe ese lugar sin tiempo y sin espacio:

*Todo es oro en Aurosia, el remoto planeta
Donde las noches áureas son más claras que el día
Los seres que lo habitan, más humanos que el hombre
Viven en paz cavando sus auríferas minas*

*Aurosia es un planeta de gigantes magnánimos
Siempre risueños: forman una sola familia
Una sola nación sin inventos de muerte.
Y es de color del sol su bandera pacífica.*

*Las mujeres de Aurosia tienen un cuerpo de oro.
Son cantaros de miel con gargantas de música.
En sus hombros de luz y en sus senos de ídolos
Hay flores en balanzas, hay metales y plumas.*

Y es aquí, una vez ubicado en su mundo ideal, cuando retorna y analiza con tristeza su real vivienda, - la tierra - y expresa con dolor:

*Desde Aurosia, los niños pueden mirar la tierra
Y saben nuestra historia increíble: las razas
Que se odian, la sed del oro, la conquista y exterminio
De pueblos al filo de la espada
La distancia entre Aurosia y la tierra se mide
No solo en años-luz a través de la nada
Sino en años-amor, en siglos de ternura.
No es capaz el terrícola de salvar la distancia.
Aurosia, nuevo mundo sin ofidios ni flechas:
El gozo de vivir corre en tus manantiales
Nadie ha visto una lágrima en la historia de Aurosia
(solo hay una en el museo, convertida en diamante).*

Finalmente el poeta explica el origen de esa lágrima que en el mundo

utópico de Aurosia -feliz, justo y equilibrado solo una vez fue turbado por las lágrimas de un hombre, con lágrimas de dolor, porque de él esta fraguada la condición humana y dice así:

La leyenda relata que en los días primeros

Cuando no había oro sino selvas y montes

Existió un ser hurraño, mezquino y siempre solo

Que un día vertió lágrimas:

Decía que era un hombre

Luego de este, su enfrentamiento interior, el poeta aborda, en el entorno de su poesía, sea implícita o explícitamente, varios aspectos o problemas de la existencia del hombre como el dolor, la soledad, el amor, la muerte, lo eterno, la luz y la paz.

Se refiere al dolor y, en una regresión a la naturaleza expresa:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo

*Y más, la piedra dura,
Porque esa ya no siente.*

Más allá, y señalando la naturaleza humana siente el dolor en cuerpo ajeno y lo expresa “en comunión de llanto”.

*Gravedad del rostro eres y peso de la entraña,
De un cuerpo de mujer habitante in-
terino*

Inmigrante venido de la nada

Con tus manos vacías y tu dolor de siglos

Aparte de varias acepciones que podrían derivarse del concepto, se considera dentro de su obra que ese “El Dolor de Siglos” es la existencia y el peso del hombre sobre la tierra.

Otra parte importante de su obra se refiere a la soledad, que es una constante entronizada en su poesía. Carrera Andrade es escritor de un solo personaje y su poesía es contemplativa. Podría ingresar en el concepto de Rousseau como “El Peseante Solitario”.

Este sentimiento desborda su poesía y lo refiere con sencillez al decir:

“solo el cansado grillo, que bajo de la puerta canta

Es mi humilde amigo ante la tarde muerta”

Se ha expuesto, con acierto, que la soledad es la más fiel de todas las compañías y aquí el autor en su poema “soledad habitada” nos dice:

La soledad marina que convoca a los peces

La soledad del cielo herida por las alas

Se prolonga en ti sobre la tierra

Soledad despoblada, soledad habitada

Aquí grita y exalta la sensación de abandono en el mundo poblado. El hombre que nace, crece y camina rumbos inciertos al final siempre se encuentra solo. Como cuando frente a un espejo solo encuentra su propia imagen. Según analistas de su obra esa soledad que en Nietzsche se transforma en rebeldía, o en debilidad según Unamuno, es en nuestro poeta medida, arte sopesado y equilibrio claro.

Igualmente en su último libro de versos, el “Libro del Destierro” se intensifica la aflicción del extrañamiento y retorna al sentimiento de la soledad. Aquí dice:

*Te reconozco viento del exilio
Saqueador de jardines
Errante con tus látigos de polvo.
El país del exilio no tiene árboles
Es una inmensa soledad de arena.
Inmensas extensiones del exilio,
Latitudes de un mar hecho de lágrimas
Me circunda la niebla del olvido
Cada día es más isla mi morada.*

Más allá en su poema “Moneda del Forastero” vuelve a encontrarse con la soledad eterna, aquí dice:

*El sol en rebanadas alcanza para todos,
Más no llega a mis manos. Me alimento de sombras.
Impar soy. Ignorado. En mi escucho una voz:
¿qué buscas extranjero, solo en medio del mundo?*

En otra de sus etapas internas habla del amor. El amor como tal, inmerso en el mar de la poesía, absorbe a Carrera Andrade, aunque no constituye la base de su producción literaria. Cuando se presenta en el poeta, lo expresa con medida no alejada de dosis de gran ternura. No existe, como bien anotan críticos de su obra, la pasión desbordada, el grito desesperado o la idolatría pasajera. Se aleja del Werther de Goethe, de los apasionados, pero no por ello bellos versos de acuña, de Neruo, y de Neruda de las primeras épocas. La figura de la amada como se ha venido afirmando se esboza “a momentos y casi siempre mediatizada”.

El amor que ocupa la obra de Jorge Carrera es ese sentimiento universal hacia todos los seres y hacia todas las cosas. Cabría recordar lo antes enunciado en el sentido de su amor a los pequeños seres y al mundo pequeño, su afecto y asombro a los nuevos descubrimientos de la ciencia que dominaron el siglo anterior, a los problemas sociales y su amor al desposeído. Se ha llegado a pensar incluso que en su obra podría haber una sustitución de su amor encerrado en sí mismo por una amplitud altruista de inmersos contornos.

Sin embargo se considera que su capacidad de amor es intensa y al mismo tiempo extensa en su vida

particular, aunque no se presenta con frecuencia en la obra del escritor. Cuando lo hace, desborda en ternura como en su poema “Mujer de Estío” cuando exclama:

*Tiembla toda mi piel con tu caricia
Como al soplo de dios las alfalfas del campo.*

Más allá en su poema “La Visita del Amor” todas las cosas cobran nueva vida. En este poema se refleja intensamente en el autor, el amor de la amada.

*Amor, no te esperaba tan tarde:
Las bujías se extinguieron en lágrimas ardientes.
Solo una ascua relumbra en las cenizas,
Corazón en espera de la muerte.*

*Pero el fuego revive a tu llegada
Y las cosas se visten de luz maravillosa.
Nace un mundo de fábula
Poblado por los seres de la aurora.
Andaba yo extraviado, extranjero en la tierra,
Nutrido de mandrágoras, con mi fardo de siglos
Amor, hoy ilumina mis tinieblas
Tu desnudez, ventana al infinito.*

Finalmente se alimenta de ese poderoso sentimiento y expone:

*¡oh mujer que penetras en mis venas
Como el cielo en los ríos!*

*Tu cuerpo es un país de leche y miel
Que recorro sediento.*

Otra de las constantes en su obra es aquel paso decisivo. La muerte aquí, parece que a través de su poesía va operándose una transformación y su pensamiento y su mente se orientan al “interior sustancial del individuo” a sus verdades escuetas.

En su poema “morada terrestre” dice:

*“habito un edificio de naipes.
Una casa de arena, un castillo en el aire,
Y paso los minutos esperando el derrumbe del muro,
La llegada del rayo,
El correo celeste con la final noticia”*

Sin embargo la espera no es un grito angustioso, es una visión serena, geométrica y cristalina ante la estación obligada.

En “Alquimia Vital”, otro de sus poemas, expresa:

*Un viejo vive en mí fabricando mi muerte,
A un soplo se tornaran en ceniza los años.
Viento, agujas y pálidas sustancias
Manipula este huésped emboscado.
A veces, mientras duermo, se escucha un dulce líquido,
Que se vierte en su cántaro.*

Y termina señalando:

*Ha bañado mi piel con su amarilla química,
Ha moderado el clima de mi mano.*

Aflora aquí una etapa de madurez ante la situación inevitable y, al reconocerlo, con una visión serena dice:

*De nada sirve la isla coronada de hojas y de plumas
En cuya arena el agua toma el molde de las pisadas
Porque encontraremos la moneda de plomo o el día acuñado
En donde la muerte ha puesto su efigie.*

Otro enfrentamiento que mantiene el poeta es su constante preocupación sobre su presencia en la tierra y la ubicación astral, cuál es el camino y hacia dónde. Y cuál el origen de la permanencia. Se enfrenta al orden de posibilidades eternas, y surge la interrogante ¿y todo para que?

Aquí ante la suma de cambios y transformaciones trata de considerar, la existencia de una unidad esencial, de una repetida permanencia sustancial y afirma:

*Todo es apariencia, signo, tránsito,
El mundo es uno mismo, a pesar de sus formas.*

La misma soledad hospedada en los huesos

*Y la misma afirmación proletaria
De los hornillos callejeros para calentar castañas.*

En este punto, se produce una simbiosis del autor con varios exponentes del existencialismo, específicamente en aquella experiencia de estar expuestos y sin defensa ante el vacío impenetrable. Es la ausencia de Dios que para la lírica francesa es la “trascendencia vacía” según Hugo Friedrich. Aquí Carrera Andrade parece adentrarse en la corriente nihilista que desde Nietzsche había sacudido los espíritus. Es aquí que en su poema “Transformaciones” afirma:

*Cada día es un viaje de ida y vuelta,
Hacia ninguna parte,
Hacia la noche.*

Y explica que ese viaje hacia ninguna parte y hacia la noche fue su vida. Igualmente en una de las estrofas de su poema “Días Anónimos” señala:

*En los días anónimos
Me dirijo a un lugar desconocido
En un barrio remoto
Una calle sin nombre
Una casa sin número
Para ver a don nadie en un bar que no existe
Y conversar de cosas sin sentido
Con palabras de viento*

Entre gente extraña sin voz y sin oído.

Por último, la trayectoria poética del autor se dirige a la luz como clave de conocimiento de la existencia. Pero es aquella luz considerada en sentido amplio, abarcadora de visiones optimistas. De este modo es luz, la luz del sol. Es la claridad del día, es el tiempo primaveral. Aquí la luz es símbolo, palabra cabalística, madre de las creaciones.

Para el autor es luz el

*Tiempo en que el corazón quiere saltar descalzo
Y en que al árbol le salen senos como a una niña.*

Es luz,

*La ventana que nació de un deseo del cielo
Y en la muralla negra se posó como un ángel.*

Más allá en otro de sus poemas afirma “la luz me mira... existo”. Aquí juzga su existencia como consecuencia de otra consecuencia.

Esto se explica cuando señala:

*Ya comprendo la lengua de lo eterno,
Como de lo lejano y lo escondido
Porque la luz ha entrado meridiana
En mi cuerpo de sombra hasta los huesos*

Sin embargo, más adelante, expone algo de zozobra, y de inquietud final cuando afirma:

*Mido el tiempo, el color,
Mi metro aplico a lo que me rodea
Mas no veo más allá de las nubes
Se me escapa la música y la luz entre los dedos.*

En este sentimiento de escape existe una angustia final que nos envuelve sistemáticamente al encontrarnos a nosotros mismos. Ahora la pregunta ¿y todo para que? Y luego ¿qué?. Cuando nos preguntamos en la noche luego de que han cesado los ruidos, cuando duermen los motores y hasta cuando el llanto de los niños se ha trocado en ágiles suspiros.

Sin embargo, al final del poema deja una interrogación cuando dice:

*En mi morada oscura
Vuelvo a escuchar al hombre del espejo
Que habla conmigo a solas
Me mira e interroga frente a frente.
El eco me responde en mi lenguaje
Y se asemeja a mi más que yo mismo.*

En definitiva, Carrera Andrade es un poeta de contrastes internos y eternos, y su evolución es constante y siempre admirativa.

Desde sus primeras letras cuando siente y expone su malestar y an-

gustia ante la injusticia social y ante la situación y el dolor del desposeído, pasa primero por internas y extensas aflicciones, y recorre luego mundos inexistentes de transformación, pero flota en el camino como espectador solitario y adolorido, manteniendo siempre mesura y reposo interno.

Admira los trascendentales cambios ocurridos en su espacio y en su tiempo por la ciencia, pero no deja de traslucir preocupación y temor de la transformación - a través de la tecnología - de nuevos instrumentos de muerte y de terror.

Es por ello, que a más de la desubicación solitaria en su mundo, es un poeta de la paz y es aquí donde desborda finalmente su creación de mundos inciertos, inexistentes pero llenos de amor, en los que se recrea y transita con esperanza matizada de incredulidad, pero siempre en afán de búsqueda.

Es así que en el bello conjunto de poemas de su libro "Hombre Planetario" expresa:

*Yo busco una mirada de fuente
y de techumbre
Yo busco un paladar de palacio encantado
Una mano que pliegue su ala sobre mi hombro.
Yo busco mi ración terrenal de domingo*

Y más allá expone, en su ansia de espera, el día anhelado.

*Vendrá un día más puro que los otros:
Estallará la paz sobre la tierra
Como un sol de cristal. Un fulgor nuevo
Envolverá las cosas.
Los hombres cantarán en los caminos,
Libres ya de la muerte solapada.
El trigo crecerá sobre los restos
De las armas destruidas
Y nadie verterá
La sangre de su hermano.
El mundo será entonces de las fuentes
Y las espigas que impondrán su imperio
De abundancia y frescura sin fronteras.
Los ancianos tan solo, en el domingo
De su vida apacible
Esperaran la muerte natural, fin de jornada,
Paisaje más hermoso que el poniente.*

Finalmente, y por primera vez en su poesía dentro de su desubicación astral se ubica en el universo y toma con gran ternura la posición de hombre en el planeta. Es aquí cuando dice:

*Yo soy el habitante de las piedras sin memoria,
Con sed de sombra verde,*

Yo soy el ciudadano de cien pueblos
 Y de las prodigiosas capitales,
 El hombre planetario,
 Tripulante de todas las ventanas
 De la tierra aturdida de motores.
 Soy el hombre de Tokio que se nutre
 De bambú y pececillos,
 El minero de Europa
 Hermano de la noche,
 El labrador del Congo y de la arena.
 El pescador de ostiones polinesios,
 Soy el indio de América, el mestizo,
 El amarillo, el negro
 Y soy los demás hombres del planeta.
 Sobre mi corazón firman los pueblos
 Un tratado de paz hasta la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

Jorge Carrera Andrade *Obra Poética Completa*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1976.

Para terminar considero necesario transcribir un breve verso de Jorge Carrera Andrade, verso que definitivamente no lo escribió para sí mismo, pero que aquellos que se han identificado con su obra, se la dedican con sus propias palabras y dice así:

*Ya cumpliste el deseo de transformar
 en humo
 En sabia de la rosa y en trino del gorrión
 De los frutos celestes el invisible zumo
 Goteará eternidad sobre tu corazón.*

Jorge Carrera Andrade, *Memorias de un Testigo*. Dos tomos, A. Darío Lara. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1998 y 1999.